

## **A N E X O**

**Documento inédito acerca de los Andaquíes suministrado  
por el Director del Archivo Nacional,  
Doctor Enrique Ortega Ricaurte**

Excelentísimo señor:

El teniente, gobernador y oficiales reales de la ciudad de Popayán, en consideración de que es de la mayor gloria de Dios, exaltación de nuestra santa fe católica, servicio de su majestad (que Dios guarde) y lauro del superior gobierno de vuestra excelencia, ponen por vía de informe en noticia las gloriosas operaciones de los reverendos padres misioneros en los estrenos y primeros pasos del establecimiento de las conversaciones de andquíes, novísimamente encomendadas a su cuidado; y lo que nosotros para desempeño de nuestras obligaciones y en nombre de nuestro Católico Monarca; y este cristiano pueblo en obsequio de nuestra religión hemos practicado en estos días.

Después que en virtud de Real Cédula tomó posesión de dichas misiones el reverendo padre fray Joseph Joachin Barrutieta, antiguo operario, y ordenó aparroquiando y reduciendo a una vida cristianamente política a aquellas gentes dispersas en los primeros pueblos, seguíase que dicho reverendo padre, según orden de su prelado, por el mes de enero penetrase la cordillera magna que divide aquellas vastas y bárbaras regiones de estos cristianos continentes, a fin de por caminos incógnitos solicitar río donde coger puerto y embarcarse para salir al gran río Caquetá en que está el cuerpo principal de misiones antiguos que cultiva su colegio, y por este medio unir unas con otras que es el blanco a que ha mirado su prudencia y celo para dejar con esto corriente, fácil y breve entrada a los religiosos operarios; para salir con dicha empresa citó y aplazó a su compañero el padre fray Joseph Carvo, misionero antiguo de celo, experiencia y talento, para que este por el mismo mes, desde el pueblo de la Concepción fundación suya y cabeza de los demás de dicha misión antigua, saliese a encontrarle por aquellos ríos y regiones por donde el cielo le encaminase (pues aún no había rumbo conocido sino solo conjeturas fundadas en rudas noticias de bárbaros).

Habíase este padre embarcado el año antepasado de sesenta y tres, y viajado largo tiempo por entre bárbaros, regiones y ríos

incógnitos con el fin de salir al pueblo de la Ceja, de indios andaquíes, cito en los confines del valle de Timaná, mas no pudo lograr ni descubrir rumbo que le sacase al término de su destino. Dejé sí de paso pacificadas varias naciones infieles, y algunas reducidas a que fundasen pueblos, uno de los cuales es el de Santa María, de indios payogujes y tamas sobre el río Caquetá, banda del Sur, cuyo jefe es don Pedro Mayeyo, payoguaje recién convertido y bautizado. Otro es el de la Santísima Trinidad de los indios Macaguajes en la bocana del río Mecoya al Gran Caquetá, banda Norte; y otro es un pequeño pueblo que se está fundando de macaguajes sobre el río Suyá en el desemboque al mismo Caquetá banda Norte.

En este estado sucedió no poder por acaecimiento y cuidados entrar por el tiempo aplazado el reverendo padre Barrutieta. Mas dicho padre fray Joseph Carvo desde su pueblo de misiones se embarcó el ocho de enero y siguió viaje por diverso rumbo que el pasado, y quiso el cielo encaminarle tan rendidamente a Puerto deseado, que al mes y cuatro días de viaje, aguas arriba, salió por el río del Pescado a la cordillera y pueblo de la Ceja de indios andaquíes donde encontró a los padres misioneros fray Juan de la Cruz, fray Joseph de la Concepción y fray Simón Menéndez que aguardaban allí al reverendo Barrutieta para entrar con él. Trajo dicho padre Carvo indios de armas y canoeros de seis diversas naciones sujetas a estos (ya conocido el rumbo) mandó regresar a sus respectivos pueblos dándoles matalotaje correspondiente, menos a tres indios principales y dos de servicio que determinó traer a Popayán para dar cuenta de su viaje y cumplimiento de su obediencia a su superior; y a este cristiano lugar, el más glorioso y festivo día que ha visto desde que rayó en él la luz del Santo Evangelio.

Llegó el 1º de febrero, y dando cuenta de su conducta al prelado, cuasi milagroso viaje y circunstancias misteriosas de su salida que en su prudencia hallaron toda aprobación, le presentó Aguayaracare, indio de treinta años de edad, nación yurí, y Amaneyo, indio de cincuenta y cuatro años de la misma nación, uno y otro gentil, caciques principales y señores de muchas gentes, los cuales por el mes de octubre del año pasado de sesenta y cuatro, tocados de la misericordiosa mano del Señor que les llamó en aquellas incultas y retidadas selvas de su nación, distantes río abajo al Norte de Putumayo sobre doscientas leguas salieron al pueblo de la Concepción en busca de dicho padre y

del cristianismo. Estos habían sido descubiertos y amistados con la casualidad siguiente: viajaron las canoas y gentes cristianas de dicho pueblo, Putumayo abajo al Marañón y desemboque de Napo a el viaje dilatadísimo a fin de hacer sal para la provisión de los pueblos, regresando aguas arriba por acaecimientos de tan prolijo viaje llegaron a faltarles los alimentos y a verse en extrema necesidad cuando aún restaban más de veinte días de navegación. En tan apretado conflicto reconocieron a la banda del Norte rastros de gentes o poblaciones; arribaron a la orilla y saltando entierra armados fueron internándose por aquellas intrincadas montañas hasta que descubrieron casas; luego que fueron sentidos se alborotaron sus gentes y en breve tiempo se hallaron los nuestros rodeados de gentiles armados no conocidos y de idioma nunca oído en aquellas misiones. Hicieron los nuestros señas de paz de que entendidos los bárbaros los llevaron a la presencia de los dos referidos caciques, quienes después de enterados del motivo de su arribo, con generosidad de príncipes les hospedaron, socorrieron, mantuvieron algunos días en sus pueblos y aviaron. En los días de su mansión los nuestros les dieron a entender eran cristianos asistidos de religiosos y que tenían formados pueblos a santa distancia de allí.

Los caciques no sólo con agasajo y gusto les oyeron sino que mostraron deseos de venir con ellos. Con esto salieron de sus tierras los nuestros y embarcándose arribaron con felicidad a la Concepción donde participaron al padre este dichoso suceso y la buena ley de los nuevos amigos que habían hecho y naciones que habían descubierto. Encendido su santo celo en deseos del bien de aquellos gentiles y de ganar para Dios sus almas, determinaba ir a ellos, mas le era rémora el estar próximo el tiempo en que le ordenaba la obediencia viniese a descubrir ríos y caminos para salir a los andaquíes. En estas circunstancias se hallaba cuando de repente dan aviso de que arribaban al pueblo canoas de gentes armadas no conocidas; salió el pueblo armado a la novedad como salió también el padre y conocieron ser el cacique de Guayara-care y el cacique Maneyo que venían buscando al padre y a sus nuevamente amigos los cristianos. Recibióles su paternidad con la decencia y cariño correspondiente, y luego reconoció con su trato ser llamados de Dios en busca del santo bautismo. Halló por dicha en el pueblo una india que sirvió de intérprete, y por su medio fue asentando más la amistad y asegurando sus almas con el catecismo. Llegó el tiempo de la inevitable salida del pa-

dre y ellos deseosos, ya con las noticias de conocer a los cristianos y padres de acá y del bien de sus almas se ofrecieron a seguirle dando orden a sus gentes de que regresasen con esperanza de su breve y segura vuelta. Vino el padre en ello y los sacó con la fortuna relacionada a Popayán.

Luego que se nos hizo noticia por el Sagrado Colegio de tan peregrina historia, nos hicimos cargo de la gravedad de la materia, tanto por lo que respecta a la católica religión, servicio de ambas majestades como por respecto de vuestra excelencia, y parecionos propio de nuestras obligaciones hacer las correspondientes demostraciones para la más solemne celebración del sacro bautismo a que aspiraban dichos caciques. Del mismo modo luego que se divulgó en la ciudad tan feliz noticia, fue tan universal la conmoción y regocijo de todos sus habitantes, que no hay dignas expresiones para significarlo haciéndoles las demostraciones y obsequios de mayor amor. Determinóse celebrar su bautismo y que fuesen padrinos los oficiales reales, para su colación se ofreció gustoso el Ilustrísimo señor obispo; convidáronse por los padrinos y reverendísimo padre guardián de este Colegio fray Joseph de Bustamante a las comunidades, cabildos, clero, colegios, nobleza y plebe, y con repiques generales de campanas y estruendo de cajas les sacaron a los bautizados en once de marzo del Colegio de misiones en la procesión más solemne y lucida que se avisó y les encaminaron a la iglesia catedral donde esperaba todo el clero revestido que incorporado pasaron al palacio episcopal a traer a su Ilustrísima, estando al mismo tiempo calles, plaza, balcones y ventanas ocupadas de todo el pueblo que llenó de regocijo, de espiritual gozo con lágrimas expresaban su cristiana piedad. Llegaron a la iglesia y bateo que se adornó con la mayor decencia, donde les aguardaba todo el golpe de su música que al entrar entonó el Te Deum laudamos, y vistiéndose de pontifical Su Señoría Ilustrísima dio principio al solemne bautismo de Guayaracare que quiso llamarse Joseph, y de Maneyo, que se llamó Manuel Francisco. Fue el primero padrino el tesorero de cajas reales don Patricio Yanguas, y del segundo el contador don Manuel Sorribo. Concluída con universal gozo y toda solemnidad esta función inmediatamente celebró su Ilustrísima confirmaciones que confirió a don Francisco Maneyo siendo su padrino el teniente gobernador don Tomás Ruiz Quijano; a don Joseph Guayaracare de quien fue padrino el alférez real y alcalde de primer voto don Joseph Tenorio. También recibieron este sacramento

Tomás Mame, mozo de veinte años, nación amaguaje, sirviente del padre misionero; fue su padrino don Pedro Agustín de Valencia; Santiago Quena que es joven de diez y seis años, nación payoguaje, criado del indio capitán del pueblo de Santa María, don Pedro Mayeyo Neophito, y fue su padrino el alcalde de segundo voto don Francisco Angulo Gorvea; dicho indio capitán no se confirmó este día por estar gravemente enfermo, mas se confirmó el día catorce y fue su padrino don Joseph de Mosquera y Figueroa, alcalde de la Hermandad y síndico apostólico de dicho Colegio, con lo que se concluyó con universal aplauso este tierno y cristiano triunfo de la religión católica, quedando dichos indios sumamente devotos, alegres y agradecidos.

Y a la verdad, excelentísimo señor, que son estas gentes que han salido de tan notable índole, desembarazo, afabilidad y persona que se extraña en indios salvajes tan relevante carácter, cosa que no se vé en los que manejamos aún nacidos y criados entre españoles; ellos muestran claro entendimiento, mucha agilidad, bien repartidos miembros, caras aguileñas, bien formadas y nariz aguda y dan fundada esperanza de que serán muy útiles a la corona. A más de abrirse con esto una puerta muy amplia para una copiosa y gloriosísima reducción, pues de solo estos son veinte y ocho beheterías o pueblos de que hay noticia.

Dichos caciques fueron de todo el lugar obsequiados con aquellos doncellitos que se sabe ser del mayor aprecio de tales gentes, y asimismo fueron hospedados decentemente, tratados, asistidos y aviados por los reverendos padres misioneros y partieron para sus tierras por el mismo camino de su salida el día quince del corriente marzo llevando consigo al dicho reverendo misionero ray Joseph Carvo, al padre predicador fray Joseph Gregorio Bárcenas y a fray Joseph Iglesias, religioso lego y más religiosos hubieran llevado según su deseo y el de los padres misioneros sino le fuera preciso al superior mantener los precisos operarios para la disciplina regular y espiritual pasto de los fieles, habiendo quedado hoy bien corta la comunidad por los muchos y escogidos sujetos que ha enviado en el tiempo de su prudente y acreditado gobierno. A la fecha les hacemos en el pueblo La Ceja preparándose para celebrar inmediatamente su entrada a la cordillera, llevando consigo al reverendo padre Barrutieta, al reverendo fray Joseph de la Concepción Vicuña, al reverendo fray Simón Menéndez, al reverendo fray Juan de la Cruzada, sujetos que allí

les aguardaban, y a los tres con quienes salieron de aquí. Esto es lo que en desempeño de nuestra obligación, servicio de ambas Majestades y obsequio de vuestra excelencia hemos practicado, ojalá corresponda a lo debido.

Y por considerar que será grata noticia al notorio celo conque propende vuestra excelencia al fomento de los operarios evangélicos y reducción de infieles, no omitimos el decir que el reverendo fray Joseph de la Concepción Vicuña, que está recién entrado, escribe a su padre guardián en carta que vimos, que a los indios andaquíes dispersos en los montes del otro lado de la cordillera ha reducido a que se funden en pueblo que intenta erigir y formar sobre el río Orteguzza teniendo de ellos hasta doscientas almas para dar principio.

No omitimos por el mismo respecto lo que dicha entrada y facilidad de caminos nos ha informado el relato padre fray Joseph de Carvó que ha salido por ella. Dice poderse cómodamente hacerse el viaje en veinte días hasta su pueblo de la Concepción repartidos en esta forma: Desde Popayán por el nuevo camino de la hacienda de Laboyos al nuevo pueblo de La Ceja ocho días; de este pueblo atravesando la cordillera magna por camino que componiéndose puede ser andable en cabalgaduras hasta tomar embarcación en el río del Pescado cinco días. Este río abajo hasta desembocar en el Suyá tres días; dos hasta que este desagua en el gran Caquetá y el resto Caquetá abajo hasta que se sale a un camino que por montaña abrió dicho padre para dar comunicación a su pueblo que está al Norte del río Putumayo con los pueblos y nuevas fundaciones que están sobre Caquetá.

Viaje tan breve, fácil y cómodo en comparación de los caminos de Pasto y Almaguer que antes traficaban los padres misioneros y no otros que ha dado un considerable adelantamiento a esas misiones y pueden ahora ser con más facilidad y mejor socorridos sus operarios, ser menores los costos del aviamiento y anuales socorros, y no difícil que visiten sus misiones los superiores de este Colegio. Puntos que hasta aquí eran muy difíciles por ser viajes de dos o más meses por caminos fragosísimos no traficados sino de los padres y del todo desiertos fuera de no poderse hacer en todo tiempo, todo lo cual no sucede en este.

Todas son cosas dignas del mayor aprecio y efectos propios del fomento que vuestra excelencia con su acertado gobierno a dado a dichas conversaciones y sus operarios evangélicos y de

que resulta la mayor gloria de Dios Nuestro Señor, a cuya Majestad Suprema rogamos guarde y prospere la digna persona e importante vida de vuestra excelencia por dilatados años para bien espiritual y temporal de estos Reinos, Popayán, y marzo 27 de 1765.

(Firmados):

*Tomás Ruiz de Quijano, Labricio de Yanguas, Manuel del Sorrivo Ruiz.*

(Caciques e Indios, papeles sin clasificación).